

tiempos deseaba acercarse á Prusia, trocóse en satélite de Bismarck, no juzgando prudente dejar á este obrar solo. Lord Russell, víctima de las sutilezas del ministro prusiano, llegó al extremo de aconsejar á Cristiano IX retirar sus tropas de los dos ducados, en los que penetraron sin resistencia, el veintiuno de Diciembre, los contingentes hannoveriano y sajón.

Esto no era más que el primer acto del drama. Tras de Holstein iba á caer Sleswig. Ahora fué cuando el candoroso Russell abrió los ojos y se agitó desesperadamente para salvar á Dinamarca, invitando á Francia á proponer, en unión con Inglaterra, una conferencia, en que la cuestión de los ducados se sometería á los gobiernos firmantes del tratado de Londres; pero Napoleón III, que sentía aun el dolor de la espina que le clavara Russell, desechando su proposición de congreso, acogió la demanda con malévolá frialdad, y la conferencia no se celebró. Prusia y Austria, no consiguiendo de la Dieta que les comisionase para ocupar á Sleswig, declararon sin ambages, el catorce de Enero de mil ochocientos sesenta y cuatro, que se sustituían á la Confederación para ejercitar sus derechos sobre aquella provincia, é intimaron al rey de Dinamarca derogar la Constitución de diez y ocho de Noviembre en el plazo de cuarenta y ocho horas, y como no obedeciese, las tropas austro-prusianas, á las órdenes de Wrangen, se dispusieron á pasar la frontera de Sleswig. Russell, consternado, solicitó inmediatamente el concurso armado de Francia; Napoleón III le respondió que, para otorgárselo, necesitaba contar con la seguridad de su auxilio, caso de que fuese atacado por Prusia, y con que los beneficios de la guerra se proporcionarían á los peligros que se corriesen, lo que equivalía á decir, en buen castellano, que se le asegurase el límite del Rhin. El gabinete británico retrocedió ante semejante exigencia. El primero de Enero de mil ochocientos sesenta y cuatro, las tropas austro-prusianas penetraron en Sleswig, no sin que las cortes de Viena y Berlín protestasen por segunda vez de que, si ocupaban esta provincia, era solamente á título de prenda, para forzar á Dinamarca á cumplir sus obligaciones y conjurar las probabilidades de una guerra entre este país y la Confederación germánica. Ciego había de ser quien no viese que el fin único de aquellas potencias era apropiarse los ducados.

Nadie ya podía impedirselo. No los políticos de la triada, los cuales, habiéndose reunido en Wurtzburgo, se dispersaron tan pronto como vieron las tropas prusianas concentrarse en las fronteras de Sajonia y de Hannover; no Napoleón III, preocupado con una grave insurrección que acababa de estallar en Argelia, y con el giro poco favorable de sus asuntos en Méjico; no Alejandro II, que prometió dejar á Bismarck en libertad de obrar, á condición de obtenerle de Austria no fomentar la insurrección polaca en Galicia, lo que no le fué difícil de conseguir al ministro prusiano, á cambio de prometer su ayuda á Austria para defender sus posesiones no alemanas. Sin oposición importante que temer, las dos grandes potencias alemanas pidieron á la Dieta, á fines de Febrero, que las autorizase

á ejercer todos los poderes civiles y militares, así en Sleswig como en Holstein y Lauemburgo, á lo que accedió la Dieta por miedo, quedando de esta suerte despojada de aquellos ducados que había querido apropiarse y contra los que había dado la señal de ataque. El gobierno británico, que no podía dejar sucumbir á Dinamarca, por el mucho tiempo que la había alentado á la resistencia, se limitó á prestarle su auxilio diplomático, proponiendo á Prusia y Austria la reunión de una conferencia, en que las potencias firmantes del tratado de mil ochocientos cincuenta y dos y la Confederación germánica deliberarían acerca del destino de los ducados. No se atrevieron las potencias alemanas á contestar negativamente, pero apelaron á todo género de ardidés para retardar la conferencia, que no se abrió hasta el veinticinco de Abril, después de haberse apoderado de Düppel, último baluarte de Sleswig. Imposible fué entenderse. Austria y Prusia declararon que no admitían el tratado de mil ochocientos cincuenta y dos, como base del futuro arreglo; el representante de la Dieta, Beust, pidió que los tres ducados se separasen por completo de Dinamarca; el plenipotenciario francés propuso remitir la decisión al voto de los habitantes; Russell ofreció, en fin, confiar el litigio al arbitraje de Napoleón III. El veinticinco de Junio se disolvió la conferencia, sin que se hubiese tomado acuerdo, y desde el día siguiente se reanudaron las hostilidades en el Norte.

Precisamente en estos instantes, Napoleón III, tan indiferente hasta entonces, pareció interesarse por Dinamarca. Inquietábale la visible armonía que reinaba entre las tres cortes de Berlín, Viena y San Petersburgo, cuyos soberanos se avistaban en Berlín, Kissingen y Carlsbad, del nueve al veintitrés de Junio, y corría el rumor de que estas entrevistas tenían por fin no sólo reforzar su antiguo convenio respecto de Polonia, sino reconstituir la Santa Alianza y tomar acuerdos contra el imperio francés. Inmediatamente, el gabinete de las Tullerías manifestó al gobierno británico que estaba dispuesto á unirsele para proteger á Dinamarca hasta con las armas; mas la Gran Bretaña, firme en su propósito de no exponerse á una guerra, se negó por tercera vez á firmar los compromisos que Francia le proponía. El desgraciado Cristiano IX, animado un momento á la resistencia por la actitud de Napoleón III, se halló otra vez abandonado de todo el mundo. Habiendo salvado su honor en gloriosa lucha y no pudiendo resistir por más tiempo á fuerza mayor, el primero de Agosto de mil ochocientos sesenta y cuatro, depuso las armas y firmó los preliminares de la paz, que sirvieron de base al tratado de Viena del treinta de Octubre, en que el rey de Dinamarca renunciaba á todos sus derechos sobre los tres ducados, á favor del rey de Prusia y del emperador de Alemania.

La política de Bismarck había alcanzado su primer triunfo. En el propio mes de Octubre, el ministro prusiano se fué á Biarritz, donde se hallaba el Emperador de los franceses; y en la semi-intimidad del veraneo, en que se movía con tanto desembarazo, se esforzó en mostrar de nuevo cuán fecunda sería para Francia la estrecha alianza con Prusia. Con

su exuberancia y lozanía habituales, Bismarck desempeñaba á maravilla el papel de tentador. Muchos doctos se reían de aquel gascón prusiano, teniéndole por un charlatán; pero Napoleón no pudo resistir á sus seductores razonamientos, y si nada prometió ni firmó, no disimuló su inclinación hacia la política prusiana, ni ocultó que vería con gusto se concluyese un convenio entre el rey Guillermo y Víctor Manuel. Bismarck se alejó con la convicción de que podía, sin peligro, mover alguna de sus baterías contra Austria, que se hallaba embarazada con su reciente adquisición de los ducados. Con gusto Rechberg hubiese abandonado sus derechos sobre aquéllos mediante insignificante concesión territorial; pero era máxima de los Hohenzollern, que los territorios que por un instante hubiesen tenido el honor de ser gobernados por ellos no podían pasar á dominio de otro. A fines de mil ochocientos sesenta y cuatro, Francisco José, temiendo que Francia é Italia se hubiesen convenido en secreto para atacar á Venecia, recordó al rey Guillermo el compromiso que había contraído unos meses antes, de garantizarle, caso de guerra, sus posesiones no alemanas. Bismarck le respondió, en nombre de su soberano, que la promesa solamente obligaba mientras durase la guerra danesa, y como Austria no había sido atacada durante la campaña de los ducados, no estaba Prusia obligada á defenderla. No pudiendo Francisco José vengar en el ministro prusiano la irritación que le causara semejante respuesta, despidió á su ministro Rechberg, cuya política había sido tan funesta, reemplazándole por el conde Mensdorff-Puilly, que no había de ser más hábil ni más afortunado.

En Berlín, Bismarck deseaba apresurar la hora del conflicto austro-prusiano; pero conteníanle los políticos del partido de la Cruz, para quienes la íntima unión de las tres cortes del Norte era una especie de dogma, y á quienes espantaba la idea de una guerra entre las dos grandes potencias alemanas; conteníanle el rey Guillermo, que se sublevaba ante la idea de aliarse con un gobierno salido de la revolución, como Italia ó Francia. No le arredaban á Bismarck estas dificultades; tenía la virtud de saber esperar, y estaba seguro de que la cuestión de los ducados, verdadera manzana de discordia, traería inevitablemente la ruptura. «La guerra de mil ochocientos sesenta y seis, escribió más tarde Moltke, no nació de la necesidad de defender nuestra propia existencia amenazada; fué un conflicto reputado necesario en el gabinete, premeditado durante mucho tiempo y lentamente preparado.»

¿Qué hacer, en efecto, de los ducados? Austria no los quería para sí, mas tampoco quería que Prusia se los apropiase. Para impedirlo, se mostraba cada día más favorable á las pretensiones del duque de Augustemburgo, haciendo en esto causa común con el partido de la *triada*. Bismarck, con su extraordinaria astucia, manifestó al gabinete de Viena que, abrigando dudas acerca de cuál de los varios aspirantes reunía mejor derecho, nombraba una comisión de legistas para que estudiase el asunto; y en despacho de

veintidós de Febrero de mil ochocientos sesenta y cinco, notificaba á Augustemburgo que su señor jamás le reconocería por soberano de los tres ducados, si no los enfeudaba militarmente á Prusia, como habían hecho ya otros príncipes de la Confederación, lo que equivalía á poner en práctica la *unión restringida*. Naturalmente, Augustemburgo rechazó las condiciones prusianas, y el seis de Abril, la Dieta federal, á propuesta de Sajonia y de Baviera, exigió de las dos grandes cortes alemanas poner inmediatamente la administración de Holstein en manos de su candidato. La corte de Berlín no hizo caso de esta demanda; esperó que su comisión de legistas emitiese dictamen, que presentó el mes de Junio, declarando que solamente el rey de Dinamarca poseía, por la historia, derecho incontestable á los tres ducados. En vista de este informe, parecía lógico que Bismarck restituyese á Cristiano IX lo que violentamente le había arrebatado; pero el ingenioso ministro, con su especial lógica, sacó la conclusión de que Sleswig, Holstein y Lauemburgo eran legítima propiedad de Austria y Prusia, por haberles transferido sus títulos el rey de Dinamarca, legítimo propietario de dichos ducados. En vano protestó la Dieta de esta argumentación y adoptó una actitud amenazadora. Bismarck se rió de sus quejas y de sus amenazas, encaminando su pensamiento á buscar la manera de persuadir á Austria á cederle sus derechos sobre las provincias conquistadas. Atrevida era la pretensión. El gabinete de Viena empezaba á perder la paciencia, y se inclinaba á hacer causa común con los Estados secundarios de Alemania. Creyóse por un instante que la guerra iba á empezar. La actitud de los magyares, dispuestos á reivindicar sus derechos hasta por las armas, torció el curso de los sucesos, moviendo á Francisco José á proponer, el catorce de Agosto de mil ochocientos sesenta y cinco, la convención de Gastein, que, según frase del rey de Prusia, «era una victoria que no había costado sangre». Manteniéndose en principio el condominio, ó sea la indivisión, Austria se quedaba con la administración de Holstein, Prusia con la de Sleswig, y, además, adquiría ésta en plena propiedad el ducado de Lauemburgo por la suma de dos millones quinientos mil talers (doce millones quinientos mil francos). Severamente fué juzgada la convención de Gastein por la opinión europea. Drouyn de Lhuys dijo, en su despacho de veinte de Agosto, «que no tenía otro fundamento que la fuerza, ni otra justificación que la conveniencia recíproca de los dos copartícipes»; en Francfort, diputados de las diversas Cámaras alemanas, en solemne manifestación, la declararon, el primero de Octubre, atentatoria al derecho y á la seguridad de Alemania; en la misma Viena, el partido militar protestó, y anunció su dimisión el general Benedek.

De nada le sirvió á Francisco José el compás de espera que creyó haber conseguido. Al día siguiente de Gastein, reaparecieron las dificultades. Bismarck se quejaba duramente de la conducta de Gabentz, representante del gobierno austriaco en Holstein, que amenazaba, decía, «los principios monárquicos, el orden público y la unión de las dos

potencias». Sabedor el ministro prusiano de la misteriosa negociación que, por consejo de Drouyn de Lhuys, Napoleón III emprendiera con Austria, volvió, en Octubre de mil ochocientos sesenta y cinco, á Biarritz, á ver de ganarse de nuevo al Emperador de los franceses, celebrándose entonces aquellas famosas conferencias que, como en otro tiempo las de Plombieres, habían de dar por resultado una gran revolución. De lo que hablaban los interlocutores, nada se sabe con exactitud; pero no nos apartaremos muchos puntos de la verdad si suponemos que Bismarck propuso á Napoleón III aliarse con el rey Guillermo, para el engrandecimiento de Prusia, la reconstitución de Alemania y la extensión de Italia hasta el Adriático, ofreciéndole en cambio la anexión de Bélgica á Francia, y que el Emperador de los franceses, comprendiendo que la ocupación de Bélgica le enredaría en guerra con Inglaterra, se resistió á contraer compromiso formal, siendo su plan no unirse con Prusia ni con Austria, sino favorecer á la primera de estas potencias lo bastante para que tuviese la audacia de atacar á su rival, y seguro de que sería aplastada en un día si entraba sola en la lid, asegurarle la cooperación de Italia, para que la lucha se prolongase y se destruyeran las dos potencias, hasta el instante en que él fuese llamado á intervenir como pacificador y ejercer la excelsa función de dictar condiciones á los combatientes. No oponerse á sus proyectos de ataque contra Austria y facilitarle la conclusión de un tratado de alianza con Italia, era más de lo que había esperado conseguir de Napoleón III el diplomático prusiano, el cual regresó lleno de esperanzas á Berlin, á apresurar los preparativos para la guerra, que si no rompió desde luego y aplazó hasta la primavera de mil ochocientos sesenta y seis, fué para asegurarse el concurso del gobierno italiano. Empezó por lanzar contra Austria, el veinticuatro de Enero de mil ochocientos sesenta y seis, un despacho muy duro acusándola de infringir á diario la convención de Gastein; el veintidós de Febrero, Guillermo aplazaba, por consejo suyo, la convocatoria de la Cámara de diputados, cuya persistente oposición habría perjudicado á la prosecución de su proyecto; el veintiocho del propio mes, se celebraba en Berlin un gran Consejo, con asistencia del rey, los príncipes de sangre, los ministros, varios generales y Goltz, llamado expresamente de París, sin que se guardase tan secreto el objeto de la reunión que Austria no llegase á mirarla como preludio de una declaración de guerra; el once de Marzo, hizo publicar al rey un edicto amenazando con severas penas al que, de palabra ó por acto, atentase á los derechos soberanos de Prusia y Austria sobre los ducados unidos, ó sobre uno de ellos, lo que equivalía á intervenir directamente en la administración de Holstein; por último, el ocho de Abril, firmaba con Italia el tratado de alianza ofensiva y defensiva, en los términos que expusimos en el capítulo séptimo. A todo esto, efectuábanse por una y otra parte armamentos formidables, en medio, como acontece siempre, de recíprocas protestas de paz. El treinta y uno de Marzo, por ejemplo, Mensdorff declaraba solemnemente que Austria no atacaría, á lo que contestaba Bismarck: «Nada

tan lejos del ánimo de Su Majestad, el Rey, como colocarse en actitud ofensiva contra Austria».

¿Qué haría la Dieta? A pesar de los recientes agravios recibidos de Viena, los príncipes se inclinaban á favor de Austria. Para desconcertarlos, Bismarck lanzó á la publicidad un proyecto de reforma de la Constitución federal, pidiendo «la convocatoria de una asamblea salida, por elección directa y sufragio universal, de toda la nación germánica, al objeto de discutir las proposiciones de los gobiernos alemanes relativas á la reforma federal». Este súbito liberalismo suscitó sospechas; sin embargo, aun contra su voluntad, seducidos por la perspectiva que se les abría, los liberales se animaron y cayeron en desaliento los adversarios de Prusia. El efecto de las proposiciones de Bismarck no llegó hasta el extremo de apartar á los gabinetes de unirse á Austria, ni él se había forjado semejante ilusión; pero entorpecieron su acción por de pronto, y luego sirvieron de pretexto á sus vacilaciones primero y á su defección después. Por otra parte, había planteado la cuestión con toda claridad. «No se trataba de conquistar territorios, como más adelante escribirá Moltke, sino de la dominación de Alemania».

A todo esto, Italia amontonaba tropas á lo largo del Pó y del Mincio; Austria hacía otro tanto; Prusia activaba sus armamentos; en suma, la ruptura de las hostilidades era inminente. En esta hora suprema, Guillermo experimentó vacilaciones. Baviera, Sajonia, Hannover, Wurtemberg, el mismo Baden eran aliados de Austria, y aunque sus ejércitos no tuviesen gran importancia, había que distraer contra ellos parte de los regimientos prusianos; apretábanse los súbditos alrededor de sus jefes, y la Junta central de la Unión nacional publicaba un manifiesto protestando contra una guerra «cuyas razones y fin eran desconocidos». En Prusia, la opinión pública se hallaba sumamente excitada contra el ministro, é instrumento de esta excitación fué el estudiante Julio Cohen, que el primero de Mayo disparó contra Bismarck cinco tiros de revolver. De todos los puntos del reino llegaban exposiciones á favor de la paz; en Silesia, los sacerdotes predicaban desde el púlpito contra la política del gabinete; en las provincias rhenanas, fué menester recurrir á la fuerza para que subiesen al tren los reservistas, y el arzobispo de Maguncia, en carta casi amenazadora, excusaba la mala voluntad de los soldados que no obedecían sino á regañadientes, por espíritu de disciplina únicamente y sin entusiasmo. Las noticias de fuera no eran más tranquilizadoras. En Francia, la mayor parte de los políticos, la gran mayoría de las Cámaras, casi todos los periódicos y las clases instruídas manifestaban viva antipatía á Prusia. En todas partes se oía condenar los proyectos de Bismarck como peligrosos para Francia. Thiers se hizo intérprete de la inquietud general poniendo de relieve con su lucidez maravillosa la ambición prusiana, en su discurso del tres de Mayo, que causó profunda emoción en toda Europa. Napoleón III, que veía en Thiers un adversario personal, respondió á los conceptos de éste declarando, en el discurso dirigido el